

Ossandón Valdés, Juan Carlos

La teoría de la evolución. ¿Ciencia, filosofía o teología?

XXXVIII Semana Tomista – Congreso Internacional, 2013
Sociedad Tomista Argentina
Facultad de Filosofía y Letras - UCA

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central “San Benito Abad”. Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la Institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

Ossandón Valdés, Juan Carlos. “La teoría de la evolución : ¿ciencia, filosofía o teología? ” [en línea]. Semana Tomista. La vitalidad de la fe frente al gnosticismo, XXXVIII, 9-13 septiembre 2013. Sociedad Tomista Argentina; Universidad Católica Argentina. Facultad de Filosofía y Letras, Buenos Aires. Disponible en:
<http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/ponencias/teoria-evolucion-ciencia-filosofia-teologia.pdf> [Fecha de consulta:]

LA TEORÍA DE LA EVOLUCIÓN

¿CIENCIA, FILOSOFÍA O TEOLOGÍA?

1. Ciencia

Como todo el mundo sabe, el inventor de la teoría científica de la evolución fue Carlos Darwin, naturalista inglés, que desarrolló su teoría en el siglo diez y nueve. En tal tesis casi todo es falso. Lo único verdadero radica en el hecho de que Darwin era un naturalista inglés que vivió en ese siglo. La mejor prueba de su falsedad la podemos observar en el simple hecho de que este pensador no usó la palabra evolución. ¿Sería que no la conocía? Claro que sí, puesto que la usaba su contemporáneo Herbert Spencer a quien conoció ocasionalmente y, por supuesto, leyó algunas de sus obras. ¿Qué juicio le mereció la teoría de la evolución de su compatriota?

Después de haber leído uno de sus libros, sentía, en general, una admiración entusiasta por su talento trascendente (...) En todo caso, tenía el sentimiento de no haber sacado provecho de los escritos de Spencer en mis propias obras. Su manera deductiva de tratar todos los temas es completamente opuesta a mi modo de ver las cosas. Jamás me convencieron sus conclusiones (...) Sus generalizaciones fundamentales (...) son de tal naturaleza que me parecen de ninguna utilidad científica. Tienen más el carácter de definiciones que de leyes. No me ayudan a predecir lo que va a pasar en ningún caso particular. En todo caso, no me han sido de ninguna utilidad¹.

Como Darwin era enemigo de toda polémica, la suavidad de sus palabras no debe llamarnos a engaño: implican un rechazo total a la teoría de la evolución por ser inútil en ciencia. Como él no dio título alguno a la suya, los autores más serios se han fijado en las palabras con las que alude a su hallazgo. Estas son: modificación, transmutación, transformación. Es por esto por lo que su sistema ha comenzado a llamarse transformismo. Simplemente extendió lo que veía hacer a sus colegas criadores de animales a toda la naturaleza. Su base está ahí, en la creación de nuevas razas, trabajo difícilísimo que muy

¹ Darwin "Autobiografía" restaurada por N. Barlow. Citada por Gilson: D'Aristote à Darwin. Pág. 113. Vrin. Paris. 1971

pocos son capaces de llevar a cabo y al que dedica los primeros capítulos de su libro *El Origen de las Especies*. Pero tampoco fue la observación de este trabajo el que le inspiró la teoría sino un libro del pastor anglicano Carlos Roberto Malthus. Leamos nuevamente su Autobiografía:

En octubre de 1838, esto es, quince meses después de haber empezado mi estudio sistemático, se me ocurrió leer el ensayo de Malthus sobre la población y, como estaba bien preparado para apreciar la lucha por la existencia que por doquier se deduce de una observación larga y constante de los hábitos de animales y plantas, descubrí en seguida que bajo estas condiciones las variaciones favorables tenderían a preservarse y las desfavorables a ser destruidas. El resultado de ello sería la formación de especies nuevas².

Al parecer, esa atenta observación del naturalista lo lleva a *apreciar la lucha por la existencia*. Es curioso que a otro naturalista, Lamarck, considerado predecesor del evolucionismo de Darwin, el mismo hecho le haya inspirado una conclusión diametralmente opuesta:

La Naturaleza, ese conjunto inmenso de seres y de cuerpos diversos, en todas las partes del cual subsiste un ciclo eterno de movimientos y cambios regidos por leyes, conjunto tan solo inmutable tanto cuanto le agrada a su Sublime Autor hacerlo existir, debe ser considerado como un todo constituido por partes, con un fin que solo su Autor conoce y no por alguna de ellas exclusivamente. Cada parte, debiendo necesariamente cambiar y cesar de existir para constituir a otra, tiene un interés contrario al del todo, y, si ella razonara, juzgaría al todo mal hecho. En realidad, sin embargo, el todo es perfecto y cumple completamente el fin para el cual está destinado³.

Dos naturalistas, enfrentados a la misma observación de la naturaleza, la juzgan de modo opuesto. ¿Qué ha pasado? El ambiente intelectual del siglo de Darwin está empapado del individualismo liberal. Por ello es ciego a la realidad de la naturaleza como un todo al

² Trad. A. Cohen. Alianza Editorial. Madrid. 1993. Pág. 67. Esta edición tiene el defecto de limitarse a la publicación censurada por el hijo de Darwin.

³ Philosophie Zoologique. Cit. por Gilson, o.c. pág. 70.

que sirven sus partes. Las palabras de Lamarck han resultado proféticas. Uno de los argumentos favoritos de los darwinistas se basa en los yerros de la naturaleza; yerros que no pueden achacarse a Dios. Perdida la visión del todo, no se comprende su armonía. Pero es obvio que el liberalismo no pertenece a la ciencia experimental.

2. Filosofía

Herbert Spencer no ocultó nunca su condición de filósofo de las ciencias. Metodista en su niñez, cayó en un panteísmo agnóstico a medida que adelantaba en filosofía. Como tal, su evolucionismo será la ley de la realidad y podemos resumirlo en una sola palabra: progreso. Hoy suele caracterizarse su siglo como el que vivió el mito del progreso. Su escasa celebridad actual me parece deberse a que basó su filosofía en las hipótesis científicas a la moda en su época; todas ellas pronto perimidas. Su inspirador fue A. Comte, como él mismo lo reconoce. Por eso acepta sin crítica alguna la concepción mecanicista reinante en las ciencias desde Descartes y Newton.

Intentemos sintetizar su pensamiento en breves trazos. La realidad es comprendida en tres conceptos: materia, definida como *posiciones coexistentes que oponen resistencia*⁴; movimiento, que implica el cambio de posiciones de los cuerpos, y fuerza, que es el *principio de los principios*⁵, porque tanto la resistencia como el movimiento son manifestaciones de fuerza. Con ellos construye sus tres leyes básicas: indestructibilidad de la materia, continuidad del movimiento, persistencia de la fuerza. Se comprende que Darwin, atento observador de animales y plantas en todos sus detalles quedase asombrado ante estos conceptos y leyes.

La evolución está, a su vez, regida por tres leyes: Es el tránsito de una materia menos coherente a otra más coherente; el paso de lo uniforme a lo heterogéneo, y el de lo indefinido a lo definido. Tras estas curiosas leyes reconocemos la cosmología de Laplace y su teoría de la formación de los astros a partir de una nebulosa inicial.

Cuando Spencer advierte que Lord Salisbury, presidente de la Asociación Británica para el Avance de las Ciencias, en 1895, presenta las ideas de Darwin como una teoría de la

⁴ Los Primeros Principios n° 38. Citado por Urdániz, "Historia de la Filosofía" vol. V, pág. 308.

⁵ *Ibíd.*

evolución, protesta airado⁶. Como buen filósofo aclara admirablemente el abismo que separa su concepción de la de Darwin.

La mayoría de las personas admiten sin dudar que la doctrina de Darwin, la hipótesis de la selección natural y la de la evolución orgánica son una sola y misma cosa. Hay entre ellas, sin embargo, una diferencia análoga a la que separa la teoría de la gravitación universal a la del sistema solar. Y tal como ésta, admitida en tiempos de Newton, se hubiera mantenido en pie si la ley de Newton hubiese sido rechazada, igualmente, la refutación de la selección natural dejaría intacta la hipótesis de la evolución orgánica⁷.

Aún más, precisa que la doctrina de la evolución orgánica no es más que una parte de la teoría general de la evolución; ésta afecta a la realidad entera, mientras aquella queda limitada al mundo orgánico. Por eso confundir ambas concepciones es un error vulgar. Subraya la diferencia en forma lapidaria: *Se cree que toda la transformación queda encerrada en una de sus partes y que esta parte es encerrada en uno de sus factores.*⁸

En otras palabras, la doctrina de la evolución universal ha sido encerrada en la de la evolución orgánica y ésta es reducida a uno de sus factores, la selección natural.

Para colmo de males, Spencer tiene clara conciencia de que no hay tal selección natural, mientras Darwin niega la evolución. Ambos autores están en lo cierto. La selección natural se inicia en el azar que causa las diferencias que separan a los padres de los hijos, mientras que la evolución se basa en las leyes de la naturaleza que impulsan de modo necesario todo el proceso. De tal suerte que son incompatibles. De ahí la ira del filósofo que lo lleva a calificar de vulgar al error cometido por sus contemporáneos. Por desgracia, el error perdura hasta el día de hoy y la actual hipótesis evolucionista es un híbrido de dos concepciones opuestas de la naturaleza. Por ello no tememos calificar a la moderna teoría evolucionista de ser ininteligible.

Tal vez sea Henri Bergson quien mejor expresó la teoría filosófica. Porque el hablar de leyes sin especificar la causa eficiente del proceso dejaba un vacío que era necesario

⁶ Cfr. Gilson: D'Aristote à Darwin. Pág. 103 y ss.

⁷ O.c. pág. 104.

⁸ O.c. pág. 109.

llenar. El concepto de fuerza no es suficiente ya que no existe fuerza alguna sin un sujeto que la posea. Más la materia y el movimiento son posteriores a ella, de modo que la teoría de Spencer quedaba en el aire, además de estar hipotecada por el positivismo que la inundaba. Era preciso un complemento. Bergson, el martillo del positivismo, estaba en condiciones ideales para hallarlo. Es la función de su famoso *élan vital*. En *La Evolución Creadora*⁹ desarrolla este concepto cuyas características divinas son fácilmente apreciables. El filósofo se abstiene de definirlo y lo identifica con la vida, sin más. A veces lo llama impulso original pues de él brota toda forma viviente¹⁰. La vida es un acto simple e indivisible cuyo último desarrollo es el espíritu inteligente. Es, por supuesto, creador, no sólo de la vida, sino también de la materia y de todo cuanto existe. Cada ser vivo no es más que su lugar de paso. En suma esta teoría ha dado lugar a un panteísmo apenas disimulado.

3. Teología

Y, como no podía ser de otra manera, el evolucionismo culmina en un gnosticismo expresado poéticamente por Teilhard de Chardin. No puedo referirme a este pensador sin recordar al querido Pbro. Julio Meinvielle, uno de los primeros que advirtió cuan nefasta era esta nueva expresión de la vieja teoría¹¹. Tuve la suerte de conocerlo en Madrid cuando dictaba una serie de conferencias sobre los errores del conocido geólogo, la que me hizo comprender tan difícil pensamiento¹². Una buena exposición de este nuevo gnosticismo se halla en su *Theillard de Chardin o La Religión de la Evolución*¹³.

A decir verdad, el famoso jesuita no era un científico, si bien estudió geología y algo de paleontología. Su intención era conciliar la ciencia moderna con la teología cristiana; tarea que, por cierto, no le corresponde a un científico. Por desgracia, se dedicó a dos ciencias que apenas merecen el nombre de tal puesto que no pueden usar adecuadamente la experiencia; por lo que abunda en ellas la conjetura, la hipótesis, la

⁹ Trad. Míguez, en Obras Escogidas. Aguilar. Madrid. 1963.

¹⁰ Pág. 513.

¹¹ Entre otros denunciadore del carácter gnóstico del pensamiento de Theillard, citemos a André de Combes, Louis Salleron, Serge Houtin, J.M. Jourdin, A. L. du Plessis, G.M. Vita, Cl. Tresmontant.

¹² Una introducción muy simple, sin advertir las dificultades hallamos en B. Delfgaauw: "Teilhard de Chardin y el Problema de la Evolución" Lohlé. Buenos Aires. 1966. Para conocer dichos problemas, Philippe de la Trinité o.c.d., Fayard. Paris. 1964.

¹³ Ediciones Theoria. 1965. Un breve resumen se halla en su *De la Cábala al Progresismo*. Ediciones Epheta. Buenos Aires. 1994. Págs. 350-357.

metáfora, en una palabra, la imaginación. A estas disciplinas harto discutibles, unió el entusiasmo que le provocó la lectura de *Los Grandes Iniciados* de Edouard Schuré. En carta a su sobrina le confiesa que, a partir de esta lectura, desea cultivar *el verdadero esoterismo, la verdadera gnosis*¹⁴. Por lo demás, como bien lo advierte el Pbro. Meinvielle, el gnosticismo ha penetrado en la ciencia desde el renacimiento.

Desde el comienzo del trabajo de Darwin, se advertía una clara intención teológica. En efecto, el naturalista británico quería derrumbar la idea de que cada especie, tanto vegetal como animal, fue creada tal como la hallamos hoy sobre la faz de la tierra. Dada su formación anglicana, no dudaba de *la verdad estricta y literal de cada una de las palabras de la Biblia*¹⁵. Tesis impuesta por Lutero a sus seguidores al sostener su famosa tesis *sola Scriptura*. Tal concepto implica que la Escritura es el libro más claro, más fácil de comprender, bajo la guía del Espíritu Santo naturalmente, porque la escritura se explica a sí misma¹⁶. ¡Qué lástima que haya ignorado que los teólogos desde antiguo han distinguido cuatro sentidos en las Escrituras! Lo cierto es que lo único que une a los evolucionistas es esta tesis teológica, que, naturalmente es rechazada de plano por los cultores de esta pseudo ciencia.

Quisiera destacar lo que me parece ser el espíritu de todo gnosticismo. Todo teólogo se sirve del saber humano para comprender la Revelación. Nada más natural, ya que Dios se rebaja a nuestro nivel para hacernos inteligible su mensaje¹⁷. El gnóstico actúa de un modo opuesto. En vez de dar la primacía a la Revelación, a cuyo servicio se pone la sabiduría humana, da la primacía a ésta y se sirve de la Revelación para exponerla. Este es el intento de Theillard. El cree en la evolución como los católicos creen en la Biblia. De este modo, la Biblia es leída como si nos revelase la evolución de toda la realidad. No sólo la Biblia ha de ser así entendida, sino que también toda ciencia. En otras palabras, la evolución reemplaza a la metafísica. Es el mismo intento intentado por Descartes a partir de las matemáticas. Con la diferencia de que las matemáticas demuestran realmente lo que aseveran, en cambio la teoría darwinista no es más que una extrapolación de lo que hacen

¹⁴ De la Cabala... pág. 351.

¹⁵ C. Darwin. Autobiografía. Alianza Editorial. Madrid. 1993. Pág. 25.

¹⁶ Cfr. Juan Carlos Ossandón Widow, Los Sentidos de la Escritura. Pág. 269, nota 12.

¹⁷ In Sciptura, divina traduntur nobis per modum quo homines solent uti. S. Tomás, Comm. Ad Hebr. 1,4.

los criadores cuando intentan mejorar sus especímenes. Está llena de afirmaciones que hay que creer por fe, fe en la evolución, por cierto. Con Theillard, pues, se hace explícito lo que estaba implícito en el comienzo, cuando fue creada por Spencer la verdadera teoría evolucionista. Claro que éste no pretendía hacer ciencia experimental sino filosofía; además de tener la honradez de reconocer que su teoría dependía de una realidad superior, realidad fuera del alcance de la ciencia experimental.

En su pensamiento, el jesuita desnuda ciertas tendencias que ya estaban presentes en los discípulos de Darwin, agregándoles un carácter cristiano totalmente espurio. Nuestro recordado Meinvielle las sintetiza en algunas ideas básicas¹⁸.

Se trata de una visión científico-religiosa del universo que niega la creación y al Dios creador característico de la Revelación. Es la evolución la que crea al universo, si podemos aún utilizar dicha palabra, ya que no se cumplen las notas del concepto cristiano. Habría una materia inicial de la que saldría todo, incluida la divinidad, porque en ella, desde el mismo comienzo, está presente el espíritu que se manifestará conscientemente en el hombre y alcanzará su plenitud en el Cristo cósmico. Este Dios, pues, para alcanzar su plenitud, requiere evolucionar. Y todo esto está perfectamente determinado desde el mismo inicio, de un modo fatalista; propio, tal vez, de la religión musulmana pero totalmente ajeno a la católica. Sin duda, Theillard habla de los grandes misterios de la fe, encarnación, redención y resurrección, todos entendidos en clave evolutiva. Se trata tan solo de los momentos por los que ha de pasar el universo en su metamorfosis evolutiva hacia su plenitud en el Cristo cósmico.

Así como a nosotros nos deja estupefactos que alguien haya pensado que los antiguos gnosticismos sean la genuina expresión de la Revelación, del mismo modo, a todo el que no acepte el dogma evolutivo, le resulta incomprensible que se haya admitido que la evolución sea la clave que nos permite la comprensión definitiva de la Biblia.

4. Conclusión

El mejor antídoto a estas nebulosas elucubraciones es regresar a la sabiduría de santo Tomás de Aquino. Su metafísica nos hace comprender la inanidad del panteísmo que

¹⁸ Cfr. De la Cábala al Progresismo. Pág. 352-357. Enumera once tesis

subyace en el fondo de todas estas teorías; su lógica nos ayuda a comprender que nada se ha probado a nivel científico que apoye tan curiosas teorías, y su teología nos enseña a leer las Escrituras con humildad siguiendo la guía de la Iglesia¹⁹. Porque, al fin y al cabo, la Revelación, obra del Espíritu Santo, se limita a lo que es necesario para la salvación, a saber, a lo que hay que creer y a lo que hay que practicar²⁰. Su mismo sentido literal es asaz misterioso, porque es el sentido que le otorga su autor: Dios²¹.

Por eso toda oposición entre ciencia experimental y fe es fruto de una grave incompreensión de ésta o de aquélla. Es obvio que para la salvación es indiferente todo lo que enseña la ciencia, salvo que su conocimiento sea deber de estado. Nadie se condena por ignorar qué sea un coleóptero... Por lo que es también evidente que la Escritura no revela conocimientos científicos ajenos a nuestra salvación.

Como también hay un autor humano de las Escrituras, instrumento del divino, éste hará uso de las expresiones y conocimientos propios de su cultura y de su época. Es fácil comprender que si Dios quisiera revelar ciencia, ¿la ciencia de qué siglo usaría? Tal revelación sería incomprensible para los que vivieren antes del siglo elegido y obsoleta para los que los siglos siguientes.

En suma recordemos lo que nos enseña la sabiduría popular: *pastelero a tus pasteles*. Ni científicos metidos a teólogos, ni teólogos metidos a científicos. Que cada cual respete el objeto formal de cada disciplina y nos ahorraremos estúpidas discusiones que a nada bueno conducen.

Juan Carlos Ossandón Valdés

¹⁹ Omnibus articulis fidei inhaeret fides propter unum medium, scilicet propter veritatem primam propositam nobis in Scripturis secundum doctrinam Ecclesiae intellectis sane. S.Th. II-II, q.5, a.3, a2^m. Postquam autem [ea quae pertinent ad fidem] essent auctoritate universalis ecclesiae determinata, si quis tali ordinationi pertinaciter repugnaret, hereticus censeretur ... Contra cuius auctoritatem nec Hieronimus nec Augustinus nec aliquis sacrorum doctorum suam sententiam defendit. S. Th. II-II, q.11, a.2, ad 3^m.

²⁰ Docuit autem Spiritus Sanctus apostolos omnem veritatem de his quae pertinent ad necessitatem salutis; scilicet, de credendis et de agendis. S. Th. I-II, q. 106,4, ad 2^m. Cfr. *Ibid.*, a 1, ad 1^m.

²¹ Sensus litteralis est quem auctor intendit : auctor sacrae Scripturae Deus est, qui omnia simul intellectu comprehendit : non est inconueniens, ut dicit Augustinus XII Confessionum, si etiam secundum litteralem sensus in una littera Scriptura plures sint sensus. S.Th. I, q.1, a.10, c.

LA TEORÍA DE LA EVOLUCIÓN. ¿CIENCIA, FILOSOFÍA O TEOLOGÍA?

El autor intenta demostrar que la teoría de la evolución no es ciencia experimental en sentido estricto, sino filosofía, como lo comprendía H. Spencer, su creador, y H. Bergson su más acabado expositor. Con Theillard de Chardin se convierte en teología y entra de lleno en la antigua gnosis como lo denunciara J. Meinvielle. El antídoto a estas elucubraciones se halla en la filosofía y en la teología de santo Tomás de Aquino.

Juan Carlos Ossandón Valdés

Es chileno, licenciado y doctor en Filosofía y Letras por la U. Complutense de Madrid. Catedrático en la Catholic University of Puerto Rico (1967-1973), en la Pontificia U. Católica de Valparaíso (1973-2005). Autor de varios libros y de numerosos artículos de su especialidad.

Dirección electrónica: ossandon.jc@gmail.com